

Conmemoración del centenario del nacimiento de Azorín — 1873-1973

Estamos en pleno año azoriniano. En efecto, el 8 de junio de 1973, nacía en el pueblo de Monóvar, provincia de Alicante, José Martínez Ruiz, más conocido con el pseudónimo de «Azorín».

Su vida es muy sencilla y carece de aquellas aventuras o cambios espectaculares que se encuentran en otras biografías, como la de su contemporáneo y amigo Pío Baroja.

José Martínez Ruiz es de familia burguesa acomodada. Sus padres le mandan a los escolapios de Yecla, donde estudia bachillerato. Luego se va a la Universidad de Valencia, para preparar la carrera de Leyes. Pero se siente atraído por la literatura y el periodismo. En 1896, a los 23 años de edad, se encuentra en Madrid, donde se dedica totalmente al periodismo, escribiendo en varias revistas y diarios españoles e hispanoamericanos.

Si firma algunas veces con su nombre y apellidos personales, suele usar pseudónimos. Al principio, firmaba «Cándido» o «Arhimán» y luego «Azorín», con el cual publicó la mayor parte de sus artículos, novelas, comedias y hasta figuraba así en la Guía de teléfono de Madrid.

Su producción literaria es inmensa: un centenar de libros y miles de artículos. Las llamadas Obras Completas, publicadas por la editorial Aguilar, distan mucho de abarcar todo lo que publicó Azorín en su larguísima vida literaria.

Ya muy entrado en años, falleció en Madrid José Martínez Ruiz, el 2 de marzo de 1967.

Era Azorín de estatura mediana, poco más o menos como Baroja, y también de corpulencia mediana.

En su juventud, cuando estaba en la Universidad de Valencia, llevaba bigotes fuertes y perilla. Luego, cuando vive en Madrid, se nota que se está forjando un personaje y se le ve con bigotes, más cortos, algo donjuanescos (ya no lleva perilla), con monóculo en el ojo derecho (así aparece en la portada de varios libros suyos) y en la mano, su famoso paraguas rojo. En el Madrid de principios de nuestro siglo, los que se dedican a escribir, procuran singularizarse. Recuerden a Valle-Inclán, por ejemplo. Hombre maduro, ya ha engordado y gasta a menudo el nudo mariposa. Durante el período de exilio voluntario de 1936 a 1939, se le podía ver con boina, como su amigo Baroja, en la casa española de la Ciudad Universitaria de París.

En Madrid, cuando va al café, a casa de sus editores, al cine (al que estaba muy aficionado), suele cubrirse la cabeza con un fieltro, y emplea un hongo negro para las ceremonias oficiales. Pero, cualquiera que sea su modo de vestir, lo que llama la atención es el mucho cuidado con que se viste. Si se habla de su elegancia, será para decir que no es chillona ni de mal gusto, sino sobria, discreta y refinada. En eso se diferenciaba mucho de Pío Baroja, cuyas chaquetas parecían demasiado grandes para él. En la manera de ser de Azorín, en sus ademanes, en su andar, en el tono de la voz, se notaba mucha mesura, sosiego, serenidad y nobleza. Hay que hablar de su mirada tranquila pero tremendamente observadora y perspicaz, directa y generosa, noble y esperanzadora.

¡Qué contraste con Baroja! Existe una foto de principios de siglo, en que aparecen retratados los dos, sentados en un sofá. Baroja está pensativo, algo tristón, ya desilusionado al parecer y resignado, mientras que José Martínez Ruiz lleva la cabeza erguida, pero sin ostentación, como de hombre que tiene confianza en sí, mirando con insistencia hacia la ventana. Ya se puede indagar, a través de esta foto, como en otras muchas, su facultad de observador minucioso de la naturaleza, de los pueblos, de las cosas, hasta las más humildes, yue le rodean. A pesar de sus arrebatos y violencias juveniles, se puede decir que tenía Azorín mucha ecuanimidad, elegancia espiritual y benevolencia espontánea.

En el momento en que empieza a escribir, anda a contracorriente de la sociedad de fines del siglo XIX. Proclama a voces su disconformidad, protesta contra la organización social, contra las estructuras estatales, contra la Universidad, contra

las leyes, contra el régimen; al fin y al cabo, protesta contra todo. Pero no era el único en levantar la bandera de la rebelión y había motivo para ello.

La situación de la España finisecular era muy mala y verdaderamente angustiosa. La miseria es extensa, en ciertas zonas, sobre todo en Andalucía. El nivel de cultura es muy bajo. El número de analfabetos es enorme. La agricultura está muy atrasada y vastas extensiones del campo español quedan sin cultivar. El que lea los artículos del poeta nicaragüense Rubén Darío, que por aquellos años vivía en la Península, se dará cuenta del estado lamentable en que se halla España a fines del siglo XIX y principios del XX. No cabe duda de que una situación social, económica y política tan mala acarree protestas, cree ambiente de rebeldía y favorezca el nacimiento de movimientos revolucionarios. El desastre de 1898, con la pérdida de las colonias americanas, dio el puntillazo a un país casi muribundo.

Algunos pensadores españoles ya venían preocupándose por el estado de decadencia del país. No se les tomaba muy en serio y pasaban por unos arbitristas de los tiempos modernos, por unos soñadores que se inventan mundos nuevos, teorías sociales y soluciones, según ellos perfectas, para la mayor parte de los problemas candentes.

Así, por ejemplo, los libros de Ramón Torres Muñoz de Luna «El porvenir de la agricultura española», de 1865, y «La cuestión capital de España: la agricultura y la hacienda», de 1871; o, por ejemplo, la obra más violenta de Eugenio Sellés, «La política de capa y espada», de 1876. Mayor impacto tuvo entre los intelectuales preocupados por los asuntos políticos de su tiempo, el libro de Lucas Mallada, «Los males de la patria y la futura revolución española», en 1890, obra pesimista que proponía reforma de la agricultura, además de consideraciones políticas y económicas. No son éstas las únicas obras que se publicaron a propósito de posibles mejoras y reformas de la economía y de la sociedad; el mismo tema estaba desarrollado en varios artículos publicados en distintas revistas. Se podría aducir gran copia de ejemplos. Existe un clima pesado, un malestar angustioso, una preocupación, una inquietud que se insinúa solapadamente por todas partes, tanto en Madrid como en las provincias.

En ese ambiente se forma intelectual y políticamente José Martínez Ruiz. Apenas tenía 21 años cuando empieza a publicar en «El Mercantil Valenciano» algunos artículos literarios, pero

en los cuales asoman sus preocupaciones sociales. En la revista de libros de este diario de Valencia, hace una reseña del libro de Félix Dubois, «La péril anarchiste», que bien parece que le ha interesado mucho, ya que concluye con esta frase: «merece ser leído».

Por supuesto, se ha documentado detenidamente sobre el anarquismo, según se deduce de otro artículo de aquella época, «Los anarquistas, notas de un libro ajeno», en el que esboza el retrato del anarquista:

«...un individuo batallador, independiente, individualista, altruista, lógico, deseoso de justicia, observador, propagandista.»

Por la violencia y la orientación de sus artículos, la dirección de «El Mercantil Valenciano» prescinde de su joven y fogoso colaborador. Pasa a «Las Bellas Artes», de Valencia también, y a través de la reseña de «La conquista del pan», obra del revolucionario ruso Kropotkín, logra expresar algunas ideas suyas:

«...indudablemente, la humanidad camina hacia el **comunismo anarquista**, pero camina con paso tardo. El progreso es lento y en esta misma lentitud está la firmeza de su obra.»

Y añade con tono profético:

«La sociedad anarquista será un hecho...»

Indudablemente, José Martínez Ruiz está seducido por el anarquismo, como si fuera esta doctrina remedio eficaz y salutar para cambiar, renovar y «regenerar» el país. Su actitud, fundamentalmente idealista y nada concreta, aparece como una reacción en contra del poder gubernamental. Es una posición de combate.

En aquel período valenciano, publica Azorín 4 folletos, «Buscapiés», «Anarquistas literarios», «Notas sociales», «Literatura». Daremos algunos apuntes sobre los dos primeros.

Publicó el «Buscapiés» en 1894, con la firma de «Arhimán». Lo constituye una serie de críticas literarias, pero el prólogo, cuando se trata de comprender las ideas políticas de Azorín, es la parte más interesante, porque muestra el apasionamiento de un joven por su país, sus reflexiones y meditaciones sobre problemas sociales, como si fuera él un hombre maduro de gran experiencia. Así dice con mucho pesimismo, convicción, energía y audacia:

«Somos quizás la nación más atrasada de Europa...
En España, nos persuaden a que tenemos tantos y tales

derechos, pero los violan los gobiernos cuando les place. La libertad de la Prensa, de espectáculos, la de cultos, son letra muerta para nosotros. Mientras haya monarquía es imposible que existan, porque, existiendo ellos, la monarquía vendría a tierra.»

Al año siguiente, 1895, publica sus «Anarquistas literarios». Allí se habla mucho de anarquismo. No podemos menos de sonreír, cuando leemos esta afirmación a la vez tajante e ingenua: un hombre «amante de la lógica, de la justicia y de la libertad», tiene que ser anarquista. ¡Con este criterio, cuántos habría por el mundo! En las páginas de su folleto, se trata repetidas veces de «la religión del deber», de «la tolerancia», de «la insurrección» del «progreso indefinido». Hacía falta mucho atrevimiento al par que mucha lucidez y clarividencia para hablar de la España de su época, de la siguiente manera. Por ejemplo, eso decía:

«...la tierra clásica del honor es la tierra de la arbitrariedad; en política, el caciquismo deshonoroso; en literatura, el elogio interesado y la censura rencorosa.»

¡Y qué violencia (violencia verbal de un anarquista más convencido, al parecer, de lo que fue Baroja) la de ese joven que se mete con todos y con todo, que ataca con ciega brutalidad a todos los cuerpos constituidos, que proclama con vehemencia su juvenil indignación!

Quiere Azorín hacer prosélitos entre la juventud de su tiempo, a la que anima a luchar «en pro de ideales nobles», «por las ideas de nuestro tiempo». Exalta el anarquismo, «esa escuela que se complace en destruir la ley, la autoridad, la propiedad».

A los 23 años de edad, encontramos a Azorín en Madrid; forma parte de la redacción del periódico republicano «El País». Colaborará, al año siguiente, en 1897, con «El Progreso», diario republicano progresista, dirigido por Alejandro Lerroux. Este periódico, que se opone a la política de la monarquía española, tiene simpatías por el socialismo. Los artículos de Azorín en «El Progreso», son iguales de mordacidad como los que escribía en Valencia. Siguen la misma trayectoria política, están animados con la misma dureza para con el gobierno, la política general y el estado de la sociedad. Uno de los más duros es el que se titula «Los difuntos», en el que imagina una serie de epitafios sobre la vergüenza nacional, la libertad de pensamiento, la sinceridad electoral, el patriotismo, la normalidad administrativa, la in-

dustria, el comercio, la seriedad de la cátedra, el arte, He aquí un ejemplo de la macabra ironía del polemista:

«Murió la libertad de pensamiento; la asesinaron vilmente en el Palacio de las Cortes; fueron sus asesinos los hijos de los que la criaron a sus pechos en 1812. Disculparon su muerte con el nombre de represión del anarquismo.»

Sobre el arte, se expresa de la siguiente forma:

«Murió el arte. En las Reales Academias de la Lengua y de San Fernando no saben donde yace.»

Sigue Azorín atacando en sus artículos la política del gobierno y defendiendo a los trabajadores. Igual que los anarquistas, lucha contra la propiedad privada, contra la idea de patria, contra el mismo Estado. Elogia a todos aquellos famosos teóricos del anarquismo internacional, a los rusos Bakunín y Kropotkin o a los franceses Blanqui y Rochefort, porque combatían en pro de las clases humildes y trabajadoras.

Sin embargo, quiere demostrar Azorín que el anarquismo —o al menos su modo personal de interpretarlo— no se ha de vincular con los asesinatos, los disturbios en la calle y las destrucciones violentas de edificios públicos o de casas particulares. A pesar de la aspereza del tono y de las ideas expresadas, se puede decir que el anarquismo de Azorín es más teórico que realista. Son ideas que sedujeron a un joven, el cual las hace suyas en su campaña de oposición al régimen. Las ideas que defiende no son ideas pensadas, aunque lo parecen. No propone nada en substitución de todo lo que destruye o ataca. No se da real cuenta de la imposibilidad de aplicación práctica de sus teorías que bien se pueden llamar descabelladas. No tiene ninguna cuenta de la originalidad propia de cada país, de su genio propio, y se olvida, sobre todo, de que todos los hombres no son iguales física ni moralmente. Todas estas realidades puestas aparte, se entiende que haya elogiado *La utopía* del inglés Tomás More (o Morus). Cabe preguntarse si Azorín comprendía la inadecuación del contenido de este libro con las obligaciones del mundo moderno y las vinculaciones de los países unos con otros. Yo estoy persuadido de que estaba consciente de ella, lo mismo que de lo exagerado y desaforado del contenido de sus artículos. Para un joven de aquel tiempo, oponente al régimen, era, al parecer, la única postura para protestar contra la pasividad de los ministros, para rebelarse contra las injusticias y

desigualdades, para fomentar una mejora de la situación social. No adhiere, por aquellos años, a ningún partido político avanzado, «no somos republicanos, demócratas, socialistas», decía. Escribe Azorín a impulsos de una generosa indignación contra las injusticias y la incapacidad del gobierno.

Sin embargo, a pesar de tan violentas protestas, virulentos ataques y atrevida exaltación del anarquismo, parece que la línea política de Azorín vaya modificándose.

En efecto, por aquellos años madrileños, frecuenta Azorín los cafés y las tertulias literarias. Entonces fue cuando encontró a dos personajes de gran valía, Ramiro de Maeztu y Pío Baroja, animados los dos con ideas parecidas, con idéntica postura contra el régimen, con ideal común de regeneración de España. «Nos llamamos **Los Tres**, así figuramos en artículos periodísticos y nos declaramos en entrevistas con informadores», escribe Azorín en su libro **Madrid**. La comunidad de aspiraciones y deseos de **Los Tres** viene expresada en su famoso **Manifiesto**, de diciembre de 1901, dirigido sobre todo a los jóvenes, y más generalmente a todos los que sienten movidos por la necesidad de reformas. Extractamos algunas frases que parecen características:

«Estamos asistiendo a la bancarrota de los dogmas»...

«Un viento de intranquilidad reina en el mundo. En España, como decíamos antes, hay un gran número de hombres jóvenes que trabaja por un ideal vago. Esta gente joven no puede unir sus esfuerzos porque no es posible que tengan un ideal común».

«Dada la pereza intelectual del país, dada la pérdida nacional del sentido de moralidad, lo más lógico es presumir que de estos jóvenes (...), los afortunados engrosarán los partidos políticos, vivirán en la atmósfera de inmoralidad de nuestra vida pública, y los fracasados irán a renegar constantemente del país y de los gobiernos en un rincón de una oficina o en la mesa de un café»...

«Aplicar los conocimientos de la ciencia en general a todas las llagas sociales, unas comunes a todos los países, otras peculiares a España, es nuestro deseo. Poner al descubierto las miserias de la gente del campo, las dificultades y tristezas de millares de hambrientos,

los horrores de la prostitución y del alcoholismo, señalar la necesidad de la enseñanza obligatoria, de la fundación de cajas de crédito agrícola, de la implantación del divorcio, como consecuencia de la ley del matrimonio civil».

«Y después de esto, llevar a la vida las soluciones halladas, no por nosotros, sino por la ciencia experimental, deteniéndonos oportunamente allá donde ella se detenga, pero con las soluciones encontradas, no mostrarlas friamente, sino propagarlas con entusiasmo, defenderlas con la palabra y con la pluma hasta producir un movimiento de opinión que pueda influir en los gobiernos y despierte las iniciativas particulares para aquellas soluciones en que, por fortuna, se pueda prescindir del Estado».

Mucho entusiasmo hay en el **Manifiesto de Los Tres**, mucha influencia de lecturas, mucha retórica y mucho más idealismo que realidad práctica y aplicación concreta. Pero **Los Tres** no dejan de moverse y en la revista **Juventud** fundada por Baroja, Azorín y Carlos del Río, periodista sevillano, que se publicó desde el 1.º de octubre de 1901 al 27 de marzo de 1902, atacaron los perjuicios y daños nacionales cometidos por el caciquismo. Repiten, en los varios números, incansablemente, sus teorías de regeneración necesaria de España, y denuncian las lacras de la sociedad. Quieren hacer una «labor nacional» y «estimular energías latentes» en el país.

El hecho es que Azorín, articulista mordaz, polemista feroz, que estaba contra cualquier ley, gobierno y Estado, viene a ser, paradójicamente, diputado y hasta llega a formar parte de un gobierno conservador. ¡Curiosa contradicción! ¿Será porque, quizás, con cierta madurez, y mayor experiencia de la vida, se haya dado cuenta de la imposibilidad de una aplicación concreta de sus ideas juveniles? ¿Será porque, acaso, comprendiese la relatividad de la noción de felicidad entre los hombres? Le ha llegado al escritor el momento de la duda: cuando tiene unos treinta años de edad empieza a cambiar su trayectoria política, se integra al partido maurista y se reintegra a la burguesía. ¿Será posible que un anarquista se haga conservador? Su orientación política no se ha de interpretar, sin embargo, como un cambio total de rumbo. Su ideal se ha depurado. Sigue con la voluntad de transformar el país, pero de una ma-

nera más sosegada y apacible. Ya no se trata de reformas a rajatabla ni de revolución total. El torrente devastador ha encontrado el cauce en que viene a ser río caudaloso pero tranquilo.

Efectivamente, este espíritu reformista, o regenerador para emplear la terminología de los noventayochistas, se encuentra en sus demás libros. Por ejemplo, en sus **Lecturas españolas**, explica que todos los escritores citados (son varios y numerosos, Vives, Guevara, Saavedra Fajardo, Gracián, Cervantes, Mor de Fuentes, Moratín, Larra, Pi y Margall, Costa, Galdós, Baroja) están ligados por un elemento común, que es «una preocupación por un porvenir de bienestar y de justicia para España», lo cual representa la idea fundamental de Azorín anarquista, o noventayochista o corredactor del **Manifiesto de Los Tres**.

Hay que desterrar la miseria en que vive sumido el pueblo, porque allí donde reina la pobreza, no puede haber cambio ni renovación. Desarrolla esta idea en su libro titulado **Antonio Azorín**:

«Un pueblo pobre es un pueblo de esclavos. No puede haber independencia ni fortaleza de espíritu en quien se siente agobiado por la miseria del medio. En regiones como Castilla, como La Mancha, sin agua, sin camino, sin árboles, sin libros, sin periódicos, sin casas confortables, ¿cómo va a entrar el espíritu nuevo?».

En otra parte, enumera incansablemente todo lo que necesita España para ser un pueblo feliz; se puede resumir en una palabra: el progreso. Así leemos esta desesperanzadora enumeración, voz de alarma para los que tienen que pensar en el porvenir del país:

«Necesita España caminos, canales, escuelas de arte primarias, escuelas normales, escuelas de arte e industrias, museos, puertos, barrios obreros, casas sanas, transportes baratos, higienización urbana, luz a buen precio, lumbre en todos los hogares, pan en todos los hogares». (**Clásicos y Modernos**).

En lugar de grandes teorías pretenciosas e inaplicables, se ha de notar que Azorín se apega más a lo concreto, a lo que humanamente se puede realizar. Se interesa por el desarrollo general de la nación y por la felicidad de los Españoles. Pero, no deja de defender, con la misma vehemencia de siempre, a los obreros y a los campesinos. Escribe estas frases que atesti-

guan que se mantiene siempre viva su protesta contra el estancamiento social y la pobreza del campo:

«Nuestro viajero ha pensado: España: discursos, toros, guerra, fiestas de patriotismo, exaltaciones líricas. Y ha pensado también: España: muchedumbre de labriegos resignados y buenos, emigración, hogares sin pan y sin lumbre, tierras esquilgadas y secas, anhelos nobles, en unos pocos de espíritus, de una vida de paz, de trabajo y de justicia». (**Valores literarios**).

En **Andando y pensando**, publicado en 1929, insiste en la importancia política y social de los obreros, en la fuerza que representan, en los múltiples problemas que plantean. Se mete con el colonialismo. Afirma que la guerra no sirve más que los intereses del capitalismo. Leamos estas frases suyas:

«La guerra la produce el capital. La guerra favorece al capital. De la guerra, salen los capitalistas henchidos y lozanos. ¿De qué manera los representantes del capital —políticos, parlamentarios, diplomáticos—, van a querer suprimir la guerra?».

Sigue pensando —como en sus folletos juveniles, la idea es la misma, pero el modo de expresarlo es distinto— que se habría de suprimir la propiedad:

«Para que la propiedad sea función social, será preciso que la propiedad sea de todos, es decir, que la propiedad... no sea propiedad».

En el capítulo dedicado a la **Disciplina interior**, se trata del ejército y de la patria en términos muy distintos a los que tendría que emplear un anarquista de verdad. Admite la noción de patria y acepta la fuerza militar para defenderla.

A propósito de la situación general de España, el juicio sigue tan severo como en sus años de juventud rebelde, pero reconoce que la transformación no puede ser inmediata y que cualquier cambio requiere tiempo y paciencia. En este libro **Andando y pensando**, escribe lo que sigue:

«Nuestro país se encuentra sumido en el más espantoso caos; reina en él la confusión; no existen en él instituciones fundamentales; se halla todo, en suma, en una tumultuosa elaboración. Si ese hombre que hemos supuesto, hace reproches a los Españoles por su lentitud en organizarse, si ese hombre lanza sobre los Españoles vituperios y condenaciones por sus desórde-

nes y tumultos, ¿no tendrá un Español que le conteste, plena razón al pedir un margen suficiente de tiempo para que el nuevo Estado que se halla elaborándose, llegue a su definitiva sistematización?».

Hay que confesarlo, el tono ha cambiado. Ya no es un joven inconforme y rebelde el que escribe las líneas que acabo de citar, sino un hombre sensato, maduro, reflexivo.

Ahora bien, para conseguir la regeneración tan ansiada de España, para ir «**Hacia otra España**», título de un libro de Ramiro de Maeztu, hubiera podido apelar a la fuerza brutal, como lo predicaba el anarquismo internacional (al que seguía Azorín en sus folletos valencianos), o como se lo podía haber sugerido la influencia de Nietzsche, cuya filosofía se hallaba muy difundida entre todos los intelectuales de la Generación del 98. Al contrario, Azorín se aparta de este medio que, realmente, no corresponde a su temperamento de hombre maduro y con experiencia, que quiere cambiar España, eso sí, pero con procedimientos humanos y nada destructores, realistas y nada utópicos.

La evolución de las ideas de José Martínez Ruiz corresponde a quien está buscando una solución humana a problemas humanos: lejos de los excesos, con tiempo y paciencia, todo se reforma y mejora, con los hombres o sin ellos.

A este propósito, piensa Azorín —como los demás escritores de la Generación del 98, bautizada por él con este nombre—, que se podría acelerar el cambio, si se aprovecharan los progresos de los demás países. Esto explica su «Europeísmo». España, que se ha quedado demasiado ensimismada en su pristino pasado y en sus sueños de gloria pretérita, tiene que «cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid», «sanear el país con aires de Europeización», como decía Joaquín Costa, o «abrir sus ventanas a Europa», según afirmaba Unamuno. ¿Cómo podría considerársele anarquista a un hombre que se preocupa con tanto tesón y cariño por el porvenir de su país y que se aflige por el estado decadente de su patria? ¿No será porque él también anda tras el antiguo sueño de grandeza? ¿No será porque, en su fuero interno, desee confusamente una España grande y fuerte, como en aquellos ya lejanos siglos de esplendor? La falta de acción, la ausencia de empresas nobles y enaltecedoras ha provocado «un amortiguamiento continuado de la vida colectiva nacional» (Ramiro de Maeztu), un anquilosamiento y, fi-

nálmente, la parálisis general de España. Desde luego, siente Azorín la urgente necesidad de inyectar vida nueva en el cuerpo cansado, pero no agotado, de su patria. La cura de rejuvenecimiento le puede venir de Europa. Escribe nuestro «anarquista» lo que sigue:

«Europa es la máquina y es la ideología. Sigamos todos el movimiento intelectual y científico, y apropiémonos de todas las innovaciones del pensamiento en cuanto podamos, pero apropiémoslo para integrarlo en nuestro ambiente, para infiltrarlo, hecho cosa nuestra, en nuestro espíritu». (Un pueblecito).

Si ha desaparecido en Azorín lo que llama José Antonio Maravall «fogosidad expresiva», se mantiene la agudeza crítica, la clarividencia y lucidez acerca de España y de sus problemas.

No le tomaron sus contemporáneos por anarquista de verdad, a pesar de sus virulentos desplantes verbales. En efecto, ya en 1897, Leopoldo Alas más conocido con el pseudónimo Clarín, a quien Azorín tenía mucha estima y respeto, opinaba que ese desequilibrio y esa demagogia no servían más que para llamar la atención del público. Todo eso, lo consideraba Clarín como una enfermedad pasajera, un «sarampión» de poca duración. Del anarquismo de Azorín, no se asustaba nada Leonaldo Alas, ya que, en su opinión, no era José Martínez Ruiz más que «un anarquista infantil», juicio severo y sobradamente despectivo. Claro está que Clarín no le tomaba en serio su prosa demoledora, y esto era una manera de invitar al lector a leer con prudencia, entre líneas.

Me he detenido en este aspecto de la personalidad y de la obra de José Martínez Ruiz, porque me ha parecido interesante señalar la actitud de un joven de fines del siglo XIX, que coincide con la postura de protesta y de rebeldía adoptada por varios intelectuales de los cuales decía Baroja: «Los escritores que hicimos algunas campañas de prensa a principios del siglo XX en España, nos pusimos casi todos en una actitud contraria a los hombres de la Restauración, abominando de su espíritu y sus procedimientos». Como sus compañeros de la Generación del 98, siente Azorín la necesidad de un nuevo españolismo y anda tras una España distinta a la que conoce. Pero no por eso deja de amar a la patria que le vio nacer.

Queda, sin embargo, mucho que decir sobre Azorín. Sólo recordaré que escribió varias novelas, entre las que emerge *Doña Inés*. No es Azorín novelista de primera categoría. No sabe construir la novela a partir de los elementos que posee. Tiene cierta flojedad o torpeza cuando se trata de psicología. La excesiva afición al detalle le hace perder de vista lo esencial.

Lo mismo le pasa con sus obras de teatro —Azorín escribió algunas comedias, solo o en colaboración—.

Pero, trátase de ensayos, de novelas, de teatro, lo que llama la atención es su estilo. Aparece como una reacción contra la frase larga, retorcida, de tipo barroco que se empleaba, al parecer, por aquellos años, entre los eruditos y los escritores. Azorín va en busca de la sencillez. Su frase es escueta. Se ejercitaba en evitar las imágenes («la imagen revela que no se tiene fe en las propias fuerzas», decía él) y en escribir sin adjetivos para «acostumbrarme al estilo estricto». Indudablemente experimentaba Azorín cierto goce —casi se podría decir sensualidad—, en el manejo de las palabras, y su obra es una mina de vocabulario técnico. Se constreñía en el uso de la palabra exacta. Se sabe que manejaba muchos diccionarios y que recogía en sus andanzas por los pueblos de Castilla todos aquellos vocablos que empleaban los campesinos y que él desconocía.

Azorín da a la frase un ritmo y una cadencia nueva. Intenta alcanzar lo sencillo, lo sereno, lo claro, lo diáfano. Sus descripciones de España, de Castilla en particular, revelan mucha serenidad y mesura. Naturalmente, su prosa polémica tiene el ritmo que le corresponde, el cual es totalmente opuesto a la prosa descriptiva, tan pura y transparente, como el cielo despejado de la meseta castellana. «Azorín fue ante todo, decía el poeta Vicente Aleixandre, creador de una nueva sensibilidad en la escritura española».

Y concluiré con las palabras de Joaquín Calvo Sotelo que caracterizó atinadamente la prosa de José Martínez Ruiz:

«Azorín despojó el lenguaje de toda sobrecarga inútil, de toda pompa y faramalla, y convirtió el trinomio elemental de sujeto, verbo y predicado en un arma forjadora de resplandecientes bellezas».

ANDRE NOGUE

Universidad de Toulouse-Le Mirail